

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna



Número 26

San José, Costa Rica

Enero, 1913

SUMARIO

Pedro-Emilio Coll.	<i>Ensayo sobre Ramón Campos</i>
Marlinsky.	<i>El velo rojo</i>
Rafael A. Arrieta.	<i>Mano infantil.—El espejo</i>
Leopoldo Lugones.	<i>El revés de la chapona</i>
Pedro Prado	<i>Parábolas</i>

ENSAYO SOBRE RAMÓN CAMPOS¹

A mi entender tal objetivo,² perseguido con amor, resolvería no pocos problemas morales de los que nos parecen insolubles por otros caminos, pues existe en nosotros un Instinto Estético que, como el de conservación, casi siempre resiste invencible al análisis disolvente mientras en nuestra conciencia se desploman ideas y

¹ Publicamos este sustancioso ENSAYO con el consentimiento del Autor.—(N. del E.)

² El objetivo estético.—(N. del E.)

sentimientos, y el cual, cultivado con método, puede servirnos de brújula y encausarnos hacia un ideal muy semejante al que la ética nos propone. Así vemos en nuestros días de examen y experimentación, aún en los espíritus más destructores y en medio de las ruinas de las antiguas creencias, conservarse ilesa la aspiración a interpretar y a organizar artísticamente la vida. En un miraje de aurora aspiramos hacia los tiempos en que la Bondad y la Belleza como dos divinas hermanas se den un beso de paz. Cual una magnífica sinfonía en que cada instrumento, desde el más humilde hasta el más sonoro, vibra su nota justa y oportuna, así, a mi juicio, el triunfo maravilloso y definitivo del arte sería la sociedad donde reinase la armonía del conjunto, la concordia humana, el himno triunfal de la fraternidad.

Mientras tanto los hombres no cesamos de buscar explicaciones a nuestros motivos de vivir; una de ellas, y expuesta con sutil ingenio y gracioso aplomo, la encuentro en Ramón Campos, sociólogo español, según dijéramos ahora, de a fines del siglo XVIII, casi desconocido hoy, o por lo menos olvi-

dado casi en absoluto, pues ni en las antologías ni en los anales literarios que conozco he hallado su nombre y a quien apenas menciona, muy de paso y con marcada acritud, en su muy ortodoxa *Historia de los Heterodoxos* Don Marcelino Menéndez Pelayo, como autor de un *Sistema de Lógica* y de *El Dón de la Palabra en orden a las lenguas y al ejercicio del pensamiento, o Teórica de los principios y efectos de todos los idiomas posibles*. El admirable polígrafo no trae entre las obras del autor aquella que voy a hojear en vuestra benévola Compañía, y que trata DE LA DESIGUALDAD PERSONAL EN LA SOCIEDAD CIVIL.

Ese raro ejemplar me es doblemente querido, tanto por su mérito intrínseco como porque tengo buenas razones para suponer que estuvo en manos de alguno de los líricos abuelos que soñaban para nosotros la eurítmica República que todavía no hemos logrado realizar.¹ Me complacería poder

¹ El ejemplar que poseo lo halló, en una biblioteca de su familia, mi inolvidable camarada Armando Blanco, hijo del laureado autor de *Venezuela Heroica* y uno de los espíritus más distinguidos e interesantes de mi generación. (N. del A.)

siquiera leerlos regularmente ese curioso infolio, desentrañando las «nuevas» ideas que hallo en sus viejas páginas, si es cierto que casi todo el arte de la crítica consiste en elegir bien los puntos de comparación que nos sea dado descubrir en la atenta y cariñosa lectura de un libro.

Ramón Campos tuvo ocasión de ser actor y expectador, tanto de días de extraordinaria prosperidad para su país, bajo el reinado de Carlos III, como de los de desorden e infortunio que presagiaban la Abdicación de Bayona; tuvo oportunidad de ver y comprobar como un pueblo puede pasar con inaudita rapidez del mayor poderío a su decadencia y disolución. Nuestro autor murió peleando contra los franceses el año de 1808, en una de aquellas heroicas guerrillas que desorganizaban a las masas disciplinadas del invasor, mientras Godoy aconsejaba a los soberanos buscar en América las voluptuosidades que Napoleón no dejaba gozar en Europa.

En España y sus Colonias imponían la moda intelectual de entonces los Enciclopedistas y también Locke y Condillac. No estaban lejos los tiempos en que el Conde de

Aranda regalaba a su amigo el Patriarca de Ferney deliciosos vinos, que éste declaraba haber escanciado en compañía de algunos libertinos y de más de una mujer agradable. En Caracas, traducía Andrés Bello la *Zulima* de Voltaire, en la Sociedad Patriótica leían a hurtadillas *El Contrato Social*, mientras en la Metrópoli hasta el mismo Tribunal de la Inquisición estaba contagiado de Enciclopedismo y los abates, si no sensuales al menos sensualistas, comentaban con elogios *El Ensayo sobre el Entendimiento Humano* de Locke y la *Teoría de las Sensaciones* de Condillac. La agilidad mental, heredada de los casuistas y los místicos, descendida de las cimas y reconditeces del alma a las miserias terrenales, se aplicaba vivamente a conocer y explicar las cosas del mundo.

En breve se prohibió la entrada no sólo de libros de origen ultra-pirenaico sino aún de los chalecos que traían bordada la palabra «Libertad»; pero ya las ideas habían fructificado desde la árida meseta de Castilla hasta las frondas americanas. Es probable que la orden de Floridablanca, que disponía la suspensión de las Cátedras de Derecho Natural y de Gentes, alcanzara a

Ramón Campos, Catedrático a la sazón de Física en los Reales Estudios de San Isidro de Madrid, fundados por el gran rey Carlos III.

Lo cierto es que Campos fué perseguido a causa de sus apreciaciones juzgadas extravagantes y que hoy mismo podrían considerarse paradógicas, porque este hombre singular filosofa con el martillo, rompiendo a golpes las opiniones corrientes, disociando sus elementos para construir nuevos valores ideológicos. Así, concluída en 1799, su obra acerca *De la Desigualdad*, estuvo inédita hasta 1823 en que la publicó Rodríguez Burón, quien a manera de prólogo dedica un corto recuerdo al compañero muerto, recomendando su fina crítica y su castizo decir.

El libro parece una réplica tardía al que con título semejante había escrito Juan Jacobo Rousseau para contestar a la cuestión propuesta en 1753 por la Academia de Dijon, de «Cuál es el origen de la Desigualdad entre los hombres y si está autorizada por la Ley natural». Rousseau no obtuvo el premio, pero su obra produjo un efecto de que apenas hay ejemplo en la historia del pensamiento, al crear un estado de concien-

cia universal que se prolonga hasta nuestro tiempo. Casi toda la literatura romántica divulga la manera de pensar y sentir de Rousseau, y quizás algunos principios del socialismo y del anarquismo contemporáneos no sean sino una completa renovación de sus teorías.

Se ha resumido en este apotegma la afirmación trascendental de Juan Jacobo: la desigualdad está reprobada por la Naturaleza, pues los hombres en su estado natural son iguales y buenos; es la Sociedad quien los ha corrompido. Situado en la antípoda de ese parecer intenta probar Campos que las distinciones entre los hombres son la máquina que la Naturaleza emplea para cultivar y mejorar la especie. En síntesis Rousseau dice: El hombre es bueno y la Sociedad lo hace malo; Campos replica: El hombre es malo y la Sociedad lo hace bueno.

Entre otros motivos uno de origen psicológico hará siempre popular y simpático a la mayoría el concepto de Juan Jacobo: nuestro íntimo y sentimental egoísmo tiene en él un poderoso instrumento para descargar sobre el prójimo las propias imperfec-

ciones. Como para cada uno la Sociedad empieza donde termina nuestra persona, para cada uno son los demás los únicos causantes de nuestros extravíos y defectos. Si establecemos una regla para medir las máculas que hallamos en una colectividad o en la familia humana, inmediatamente por lo común se cree cada cual excepción de esa regla, de tal modo que generalizando la excepción llegamos a convertir a la Sociedad en algo abstracto e incorpóreo. Se necesitaría una profunda introspección, un valeroso examen de sí mismo, para modificar ese error, y acaso la gloria de Juan Jacobo se extienda especialmente sobre nuestras debilidades y sobre falta de meditación acerca del móvil interno y verdadero de nuestras acciones.

Desde luego, consecuente con sus premisas, Juan Jacobo no vacila en asegurar que habríamos evitado la mayor parte de nuestros males al conservar la manera de vivir solitaria que nos estaba prescrita por la Naturaleza; mientras Campos afirma que ésta nos empuja hacia nuestros semejantes y que el hombre es un animal que huye de la soledad.

De la Naturaleza podemos recoger toda

especie de lecciones, según nuestro entender y capricho, así no es extraño que creyendo obedecerle vivamos en completa contradicción. Llenos de misterios son los designios de la Esfinge que a un tiempo nos alimenta, nos lleva en sus brazos y nos confunde en su seno, y de la cual nosotros mismos somos fragmentos semiconscientes.

Es curioso, por lo demás, que la acepción restringida que en el lenguaje vulgar damos a ciertos aspectos «naturales», como el mar, las montañas, los ríos, los árboles, haya llegado a invadir el lenguaje científico y filosófico, trastornando y confundiendo al fin el sentido exacto de la palabra Naturaleza, cuya soberana significación es la del conjunto total de las energías, las manifestaciones y los fenómenos cósmicos. Se habla de estar fuera o dentro de las leyes naturales, como si dependiera de nuestra voluntad escapar un instante siquiera a su maravilloso Poder, como si existiera algo exceptuado a su dominio infinito. Hasta cuando con arrogancia pensamos desobedecer a la Naturaleza estamos trabajando de acuerdo con ella y nuestra infantil rebeldía es un acto de sumisión, según lo proclamaba el divino Goethe.

Sin duda lo que Juan Jacobo quiere es la vida simple y campesina y nuestro Don Ramón la vida intensa de las ciudades. En la digresión que éste dedica en su libro a ponderar las excelencias de la ciudad, la emprende duramente contra los poetas, de quienes dice que por carecer de dinero suficiente para exhibirse con lujo alaban la rustiquez y los encantos de la existencia campesina. Todo lo que huelga a aquella «naturaleza» amada de Juan Jacobo, el lago sereno, la trémula hierba, la musgosa encina, enfurece a Don Ramón y le arranca acres burlas y gritos furiosos. De Virgilio, a causa de sus églogas, escribe que no reflexiona lo que pone en verso; en el paisaje rústico no ve sino deformidades; le estorba el caramillo del pastor, el balido de la oveja, el canto matinal del gallo; el labrador no es para él sino la máquina de trabajo que arranca al suelo lo que el elegante ciudadano consume muellemente en doradas porcelanas y cristalinas copas. La ciudad es para Ramón Campos el compendio de todos los regocijos y comodidades, el paraíso terrenal.

Su carencia de amor por los panoramas agrarios, por el contacto directo del hom-

bre con la tierra desnuda y generosa, no es caso excepcional entre los espíritus españoles. Es en nuestros días cuando en España la sensibilidad de escritores, pintores y pensadores, se abre hacia la contemplación del paisaje y sus fuerzas fecundas. El delicioso canto bucólico de Luis de León es casi el único que se escucha, a través de siglos, en la soberbia literatura hispana. Velásquez, que supo como nadie fijar en lienzos inmortales la palidez clorótica de los reyes, la encendida carnación de los borrachos, la suntuosa taciturnidad de los terciopelos, la aérea gracia de las blondas, no tuvo la misma mirada cariñosa para el verde raso de las hojas, para la seda de los arroyos fugaces, para los prodigiosos juegos de la luz con los vegetales y las aguas. Miguel de Unamuno es de opinión que ese desamor por las cosas rurales, producto a su vez de falta de sensibilidad en la raza, es motivo suficiente para explicar el atraso de la agricultura en su país.

Pero la cultura de los órganos de percepción contribuirá grande, aunque paulatinamente, a modificar la mentalidad del pueblo. La educación de los sentidos la efectúan artistas y escritores por medio de su obra,

que es reflejo de un momento del mundo y la que a su vez lanza un relámpago de belleza sobre las fuentes eternas de donde brotó, iluminando las recónditas relaciones de las cosas y de los seres, las armonías secretas y sublimes del universo visible, para elevar el nivel comprensivo del intelecto y ampliar los horizontes del alma. Ya, por el afinamiento de la sensibilidad, comenzamos a sentir no sólo lo trágico cotidiano, sino lo bello cotidiano, lo bello contemporáneo, el color, la música, la poesía de cuanto nos rodea y que constituye la esencia de lo que llamamos Modernismo, según interpreto ese mal querido vocablo que cubre tanto pobre esfuerzo nuestro y tanta estólida imitación.

Precisamente a este respecto pensaba todo lo contrario Juan Jacobo, para quien a las ciencias y las artes debemos la depravación de las costumbres; aunque más adelante asienta que aquellas nacieron de los vicios nuestros, dejándonos en conclusión sin saber si los pecados del linaje humano son causa o efecto de las artes y de las ciencias. No se limitó a propalar que la geometría es hija de la avaricia, la astronomía de la superstición, la elocuencia del odio y la men-

tira, la física de la vana curiosidad, sino que esperaba con impaciencia el instante en que los gobiernos suprimieran la imprenta, que califica de arte terrible. A la larga, se retracta un tanto y parece referirse más bien al charlatanismo científico y a las falsificaciones artísticas, puesto que desea que los soberanos se rodeen de sabios; pero en el Discurso sobre la Desigualdad escribe categóricamente la célebre frase de que el estado de reflexión es contra natura y que el hombre que medita es un animal depravado.

Se coloca Ramón Campos en el extremo opuesto, hasta asegurar que la virtud se aprende y crece con la cultura y que las cualidades morales no penetran en nosotros, no se contraen sino a fuerza de acostumbrarse. En su admiración exclusiva por las ciudades supone que en los villorios y pequeños pueblos no hay casi ninguna virtud social. El acechamiento, la envidia, la murmuración, son el entretenido deporte de las escasas poblaciones, donde tres o cuatro individuos hacen figura, ponen la chispa del incendio en los vecindarios y el cisma entre sus moradores. Un par de zapatos que uno se ponga con un si es no es más de punta

en un lugar pobre, exclama graciosamente Don Ramón, y ya está levantado el lugar; la más mínima originalidad atrae el apodo para el que se la deja descubrir y para sus hijos. En cambio la ciudad es la paz, la libertad individual, la urbanidad. La soledad misma, a que aspiraba Juan Jacobo, es más factible encontrarla entre una atareada muchedumbre de desconocidos ciudadanos, que entre un grupo de campesinos o en la aldea donde cada persona es el único espectáculo de sus semejantes.

Aunque recargada de manchas grises no deja de tener un fondo de realidad la pintura de Don Ramón. La oportunidad de investigarnos mutuamente y de descubrirnos mutuamente nuestras debilidades, desarrolla en los pueblos nociones despectivas, nada favorables a la bondad y a la necesaria solidaridad. Muchos de los más grandes pesimistas han vivido en pequeñas poblaciones donde, como en un microcosmos, han estudiado al género humano, extrayendo de las diarias observaciones sus amargas quintasesencias. Es más fácil casi siempre pensar bien de los hombres cuando los conocemos menos. El método ascético, la reclusión voluntaria es tal vez un medio de

elevar nuestros conceptos con relación a la especie y de reconciliarnos con el prójimo. Cuántas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre, escribe el autor de la *Imitación*, al aconsejarnos la soledad y el silencio.

El anti-Rosseau, que es Ramón Campos, tenía que quedar frente a frente a su adversario al tocar el tema del amor sexual en sus relaciones con la civilización. El dechado de Juan Jacobo sobre el particular son los caribes de Venezuela, que en varias ocasiones trae como ejemplo de una idílica nación. El tránsito del amor físico, sin preferencia por determinada mujer, al amor selectivo, que fija el deseo en un solo sér y toma en cuenta además de la belleza las condiciones morales del objeto preferido, se le antoja a Rousseau el comienzo de nuestra decadencia, en tanto marca para Campos la primera etapa evolutiva de la especie.

Los celos, funestos según Juan Jacobo, son para Campos una maravillosa máquina de perfeccionamiento en los amores, porque obligan al hombre a vivir con la mujer a fin de vigilarla más de cerca, enfrena la

sensualidad masculina y robustece el vínculo matrimonial. Don Ramón señala en la mujer una sensibilidad inferior a la nuestra y por consiguiente una útil superioridad sobre nosotros. La efervescencia imaginativa, la pasión soñadora y audaz, las veleidades que les atribuimos a ellas, que son por lo regular reflexivas y prácticas, están en nuestro inconstante corazón, en nuestra cabeza propensa al frenesí. Muchos de los defectos y condiciones que vemos en ellas son casi siempre los nuestros reflejados, cual en una clara fuente de jardín, en la dama de nuestros pensamientos. La cristalización amorosa es mucho más lenta aunque más duradera en la mujer que en el hombre. La mujer novelesca y romántica es quizás una invención del hombre, y si existe es porque tal vez la hemos contagiado. Disipa Campos con fina malicia la ilusión de que las impresionamos como ellas a nosotros, suponiéndoles igual imaginación, y cree que si las mujeres tuvieran nuestro mismo temperamento apasionado, el mundo sería una casa de orates que, después de un erótico desorden, habrían dado al traste con la sociedad.

La cultura moraliza al hombre porque

afinando el gusto y el sentimiento de la belleza recoge los disgregados deseos y los dirige domesticados en el sentido que place al depurado ideal femenino. Al no tener entonces que mantenerse sin cesar a la defensiva, la mujer adquiere nuevas gracias y va prescindiendo de aquel recato cerril indispensable, según Don Ramón, para su defensa en la guerra de los sexos cuando la racionalidad es rudimentaria.

En nada encuentra Campos la igualdad que Rousseau creyó hallar en la Naturaleza; pero si Rosseau es un retrógado, que sin embargo contribuyó a producir una Revolución, Campos es un conservador a quien le parecen perfectamente justas las desigualdades existentes y quien pretende desquiciar, con repetidos martillazos, el jugoso aforismo político de que todo movimiento nacional es, en último resultado, el choque de la igualdad civil contra los privilegios artificiales.

Durísimo es cuando se empeña en justificar por útil la desigualdad entre el pobre y el rico. Si la pobreza, dice, nos produjera una compasión seria, compartiríamos nuestro pan con el que no lo tiene y no habría

pobres o habría un nivel general de pobreza. El no dejarnos herir hondamente por el dolor del que carece de lo indispensable, obliga a éste a trabajar para procurárselo. Nuestra falta de piedad es un móvil económico, un estímulo para la consecución de la riqueza. Adquirido el bienestar, modificamos el traje, que a su vez nos sujeta a adoptar maneras más distinguidas; las costumbres se hacen más blandas y más benévolo el carácter con el lujo, vehículo de una cultura obtenida de afuera para adentro, según nuestro deslenguado autor, quien no se detiene en suavizar los argumentos con que cimenta su férreo sistema. Así aprecia como una desgracia para la humanidad que fuera posible prolongar el período de la vida, porque a su entender los ancianos, en quienes no halla sino orgullo y vanidad de mando, son una rémora de la civilización. La filantrópica utopía de los biólogos modernos que sueñan que nuestros años puedan extenderse lozanos y venerables hasta avanzada edad, habría encolerizado a Campos, quien despiadadamente escribe que para el adelanto de la sociedad el mejor modo es quitar del medio a aquellos antiguos ascendientes que serían por fuerza

los obstinados e inviolables caudillos de la familia.

A mi juicio el retrato de los ancianos está de adrede sombríamente ejecutado por Ramón Campos para hacer resaltar en pleno sol dorado el de la juventud. Carece de medias tintas y matices complementarios. La benevolencia, el afable trato, la sana alegría no son patrimonios ni peculiaridad únicos de la juventud. En veces la amplitud del sentido crítico, que la edad aguza, pone amable sonrisa de tolerancia en los labios del anciano, en tanto el ímpetu de la fogosa adolescencia, la arrastra atropellada y ciega con el hermoso brío de un corcel a escape. No todos los jóvenes ni todos los ancianos son como Campos los presenta.

Además, para el equilibrio de la vida se necesita que las energías renovadoras, representadas por la juventud, sean moderadas por las de conservación, que la ancianidad simboliza; tal un río que devastaría las sementeras si el cauce no le trazara una dirección y las riberas no detuvieran la potencia de su caudal. Es el anciano un eslabón en la vasta cadena de la raza, el depósito de la tradición más cercana a nosotros, el pasado más al alcance de nuestros ojos.

Un pueblo sin ancianos vacilaría en medio de los mayores extravíos, como un pueblo sin juventud se petrificaría con la mirada fija en el polvo de los ídolos muertos. En *El Jardín de Berenice*, se escuchan estas palabras atribuidas a un viejo maestro, que recuerdan las que se oían bajo los rumorosos plátanos de Academo: «Negar muchas cosas a los veinte años es signo de fecundidad... Si nuestra juventud aprobase todo lo que sus predecesores edificaron, reconocería así de modo implícito la inutilidad de su venida al mundo».

Que los ancianos sean dignos de ser venerados, es cuanto puede exigirles la juventud; que siquiera en su fantasía hagan posible la visión de Simón Bolívar: aquel Areópago de nobles cabezas blancas, ceñidas de laureles, sentadas en el hemiciclo bajo el sereno busto de la República, contemplando a sus pies la juventud coronada de rosas y dictando las leyes que hacen más espléndida y armoniosa la fiesta de la primavera.

El libro de Campos excita a pensar, a discutir y a contradecir; no es de esos en que una idea endeble se retuerce, se entre-

tiene en los arabescos del estilo y se alarga y adelgaza como un rubio cordón de miel a través de innumerables páginas; es un nutrido semillero donde a cada paso encontramos en gérmen «novedades» que con gran ruido y pompa han hecho resonar después otros autores más afortunados. A medida que lo hojeamos crece la sorpresa de que ni el mismo sutil y erudito Juan Valera, mencione a Campos entre los autores olvidados por la Biblioteca Rivadeneyra, donde no luciría mal cerca de los que han enriquecido la literatura española.

Veamos unas tantas de esas analogías que he creído y han estado a mi alcance divisar. De Schopenhauer tiene Campos la misantropía resignada, aunque no el humor elocuente y sarcástico con que la vela. Hasta usa Schopenhauer términos iguales a los de Campos para designar conceptos de filosofía determinista, como aquel de «la voluntad de la naturaleza» con que ambos expresan el papel subordinado del hombre movido cual una frágil pluma en el vértigo del Cosmos. Ambos anulan la personalidad para entregar el régimen estupendo de la existencia al Genio de la Especie, devora-

dor de individualidades. Párrafos hay en ese libro que se dirían escritos por el propio Schopenhauer, como este para no citar otros: «Así como en una comunidad los estatutos bien arreglados no se dirigen ni pueden dirigirse a la conveniencia de cada individuo tomado aparte, sino al bien del conjunto de ellos, así también las miras naturales en la organización e instintos del hombre no deben medirse por la conveniencia del individuo sino cuando más, por la conveniencia de la especie», y agrega, que si dice cuando más, es porque no sabemos todavía si nuestra especie no es acaso subalterna de otras especies.

En esta vertiginosa carrera del hombre sólo el instinto conoce el secreto de la especie, porque la razón, según Campos, tiene únicamente la función subalterna de ver y calcular los movimientos del instinto. La razón es una antorcha que, en lo alto de nuestra frente, apenas nos sirve para iluminar la tenebrosa ruta por donde nos arrastran las profundas y desconocidas potencias subconscientes. Más que un racionalista es Ramón Campos un *instintivista*. Sus opiniones sobre el Estado, la sociedad, la mujer, tienen marcada similitud con las

de Schopenhauer. Para los dos el amor es una treta del Genio de la Especie en su sed insaciable de eternidad.

El poeta inglés que entre sonrisas y elegancias se rodeó de difamación y fué sorprendido por la tragedia, no conocía sin duda el capítulo que Ramón Campos escribió sobre la «Decadencia de la ingenuidad», y no obstante, su paradójico diálogo sobre la «Decadencia de la mentira», parece por momentos una glosa de aquellas páginas inmoralistas. El peligroso humorismo de Oscar Wilde se complacía en sostener que la mentira es producto de la cultura y un arte hoy en decrepitud, pues hasta los políticos y los periodistas, por falta de imaginación inventiva, hablan la verdad aún sin querer. Con meditado cinismo asienta Campos cosas semejantes. Desenfadadamente aprueba la cicuta dada a Sócrates, merecida a causa de su sistemática ingenuidad, ocupada en marchitar la felicidad de todo aquel a quien encontraba en la calle y a quien expresaba cuanto se le ocurría. Porque, afirma Campos, no puede exigir acatamiento quien hace o dice lo que siente con gran disgusto de los circunstantes. Siquiera la

censura que se nos clava por la espalda indica cierto respeto por nuestra persona. No mentar la soga en casa del ahorcado, es refrán extraído de rancia experiencia y siempre oportuno. Las verdades generalizadas no tienen el vigor agresivo de las que se nos lanzan directamente, y pocos nos damos por aludidos en el sermón o en la filípica. La urbanidad, flor artificial de la civilización, corrige la ingenuidad, depura y adorna los primitivos arranques de franqueza y crea la etiqueta y el decoro. Reportándonos y conteniendo nuestros ingenuos ímpetus de franqueza, logramos subyugar los apetitos, hasta hacer espontánea la cortesía. La ingenuidad tiene por base el egoísmo, y cuando ésta decae es porque el egoísmo se suaviza y la sociedad se disciplina y consolida. Y Campos termina asegurando, después de muy ingeniosas digresiones, que la naturaleza dirige esta transformación y que la historia del estilo es la historia del buen tono y de la decadencia de la ingenuidad.

Dos son las claves en que Campos apoya todo el edificio de la vida. Esas claves son dos flujos o manías, así las llama, que sos-

tienen y combinan todas las operaciones de la existencia, hasta que caemos exánimes en la barca que nos conduce por el sombrío océano de la muerte: el flujo porque nos hagan caso, y el flujo por armonizar.

No pensó jamás Federico Nietzsche que un oscuro catedrático español del siglo XVIII pudiera contarse entre los ignorados precursores de la idea madre con que el formidable destructor creía echar por tierra los antiguos valores e iniciar la reforma intelectual del mundo, pues el flujo porque nos hagan caso, piedra angular del sistema de Ramón Campos, es en el fondo la «voluntad de dominar», de ser cada uno progresivamente más fuerte, que el supremo pensador alemán coloca como principio y fin de la vida.

Niega el cantor de Zaratrusta que sea la aspiración al placer el único móvil y objeto de nuestros actos, porque lo que se opone a nuestra dicha, lo que contraría nuestras tendencias provoca en nosotros el deseo irrefrenable de vencerlo, de ejercer nuestro poderío sin tomar en cuenta los sentimientos de disgusto o de dolor que ello nos produzca. La voluntad de dominio es más in-

misericorde que la lucha por la existencia, pues revela que si esta puede detenerse al satisfacer la necesidad de existir, la otra es ilimitada y de una voracidad insaciable. Todo aspira a elevarse aún a riesgo de perecer; aún el mediocre aspira a dejar de serlo y a hacer predominar su callada ambición o su secreta aptitud. Los árboles de una floresta virgen luchan entre sí, no por su felicidad sino para convertirse en centros de fuerza. Así los hombres, según Campos. El flujo porque nos hagan caso es el arranque innato a llamar la atención sobre nosotros, a imponernos y a dominar. Por eso llora el niño y piensa el hombre, por eso queremos ser héroes, santos o sabios, por eso somos orgullosos o presentamos el ejemplo de nuestra humildad; por eso, escribe Campos «hay muchas apariencias de que el dón de la palabra proceda del flujo por tener quien nos atienda y nos acompañe en las sensaciones y pensamientos, o de que el romper en hablar los niños es efecto de una inquietud y como esfuerzo central por traer al compás de su exterior el exterior de los otros hombres».

Cada edad, cada clase, cada categoría, usa los medios apropiados para llamar la

atención sobre sí: el anciano con su mesurado decir y proceder, sus canas con que pregona experiencia y superioridad, el joven con sus libres gestos y su fiebre de renovación, el rico con el rumor de su coche, el pobre con sus ayes lastimeros, el poeta al publicar sus penas, el filósofo al ocultarlas.

El flujo porque nos hagan caso, que exalta la voluntad tiránica del individuo, sería fatal para la especie si no estuviera hábilmente limitado por el flujo por armonizar, por igualarnos a los demás. Este flujo o manía lo expone Campos con razones en extremo parecidas a las que emplea un insigne contemporáneo nuestro, el sociólogo francés Gabriel Tarde, quien también supuso haber descubierto un inédito punto de vista para explicar las relaciones humanas. No es exagerado afirmar que la parte esencial de *Las Leyes de la Imitación* se encuentra ya, por lo menos esbozada, en el libro de Ramón Campos.

La imitación, cuyos variados matices psicológicos analiza Tarde en su sólida obra es aquel fenómeno social que propaga de un hombre a otro, recíprocamente, las ideas

y sus formas hasta establecer en un momento dado una moda, tanto espiritual como exterior, que comunique especial fisonomía, por el acuerdo de todos, a un grupo, a un pueblo o a una época. El hombre puede vacilar durante algún tiempo y oponer resistencia a la imitación, a veces sostenido por residuo de heredadas imitaciones contrarias a la presente, mas en lo común es envuelto por las costumbres predominantes. Es lo que Tarde llama el duelo lógico social, en que triunfa casi siempre el espíritu colectivo, por lo excepcional del carácter de iniciativa, que es terreno donde se producen los mártires y los precursores y apóstoles de los tiempos que están por venir.

La virtud es contagiosa como el vicio. Hay verdaderas epidemias sociales de tontería y cobardía, como las hay de espiritualidad y de valor. Se ha observado que hasta la inclinación a caminar a un mismo paso y de la misma manera obedece a esta ley de imitación. En Caracas no se va por la calle lo mismo que en New York, en Berlín que en Sevilla. Las mujeres, más sensibles a la imitación, se copian con inaudita facilidad, y si hay una de prestigio que se recoja la falda con singular donaire ya te-

nemos una moda establecida. Después de las mujeres los escritores son los más propensos a imitarse. La dicción y la pronunciación se propagan por imitación, hasta formar nuevos dialectos e idiomas. La envidia de un hombre a otro o de una clase a otra es un síntoma de próxima transformación por el deseo de imitar. La imitación del superior por el inferior es la escala del perfeccionamiento. Dos axiomas, establece el sociólogo, rigen el proceso de ese fenómeno: 1º La imitación de las ideas precede a su expresión, 2º la imitación de los fines precede a la de los medios.

La imitación es pues la regla de la sociedad, el completo éxito del conformismo general sobre la fantasía individual, o sea el flujo por armonizar, por no estar al revés de los demás, de nuestro Ramón Campos.

La risa es en ocasiones una maligna fuerza que obliga al individuo a estar al unísono o en armonía con sus semejantes; a ella se refiere Campos con frecuencia como instrumento de represión a nuestra inconsiderada manía de hacer viso. Uno de los maestros del renacimiento humanista, Enrique

Bergson, estudió la risa, no ha muchos años, en un sustancioso Ensayo sobre la significación de lo cómico, bajo el mismo aspecto en que aparece en el viejo libro de Ramón Campos: la risa como síntoma de insensibilidad hacia quien la ocasiona y como gesto social conque nos ponemos a raya los unos a los otros y nos vigilamos para no provocarla con la expansión desmesurada y grotesca de nuestro Yo. El hombre al reír exalta su personalidad y, acaso por lo mismo teme a la risa ajena, porque tal vez vislumbra en el rictus de la carcajada la vaga herencia de una primitiva mueca de ferocidad.

El libro de Campos refleja el pensamiento de varias civilizaciones anteriores a él y anuncia la que en sus días se preparaba, pero tiene la sequedad y el positivismo tirado a cordel de su siglo; carece de la ternura, que es el señuelo de Juan Jacobo, la ternura que nos conduce suavemente como Beatriz al Dante por los secretos senderos del alma, la ternura que a veces puede encerrar en una simple frase toda la honda idealidad de un sér, como aquella de León Tolstoi, cuando cerca de morir y loco de

amor humano, pidió ser enterrado bajo el Álamo de la Pobreza, en el mismo sitio agreste donde en su niñez enterró un caballito de madera, que en su esperanza debía resucitar el día de la completa felicidad.

Ramón Campos no pensó nunca ser olvidado tan fácilmente cuando se encontraba seguro de abrir el camino de la política, desconocido hasta él, según suponía, y de sentar los verdaderos preliminares del porvenir, como lo declara en la página final de su libro. Ni Atenas, ni Roma, ni el genio de los grandes siglos le merecen admiración, y sin conmiseración juzga a nuestro pobre linaje. Tuvo la inocente vanidad de creerse inmortal. Su libro es una implacable lección de física; le falta el consejo de la duda y de la delicada ironía. Su sistema es de una sencillez desesperante: el hombre cuelga de sus dos flujos o manías como un pobre juguete de dos hilos manejados por el titiritero. Pero nuestra ansia de misterio, tan natural y espontánea como la necesidad de dormir, exige una penumbra alrededor de la existencia. Si hemos creado el misterio es porque lo necesitamos y si soñamos despiertos es porque soñar es una cosa completamente práctica para la conservación de

la vida. Un mundo donde reinara perennemente el sol sería un mundo imperfecto. En la oscuridad vemos y presentimos lo que nos oculta la esplendorosa iluminación. La noche ha creado nuevos sentidos al hombre y es probable que la belleza naciera en una perfumada tiniebla.

Libros como el de Campos, cerrados de lógica, evocan por contraste la embriaguez de la poesía. Salimos de ellos como el prisionero que tuerce con sus dedos ensangrentados los hierros de su cárcel, salta el muro de negras piedras, se lanza fugaz a la libre pradera olorosa, hunde el rostro en la hierba que exhala el aliento de la tierra, y después, sitibundo, tendido junto a la fuente que refleja el azul nocturno salpicado de oro, en el agua profunda bebe estrellas.

PEDRO-EMILIO COLL¹

Del folleto *Discursos leídos en la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, en la recepción pública del señor D. Pedro-Emilio Coll el día 26 de marzo de 1911.*

¹ De Venezuela. José Enrique Rodó dice de Pedro-Emilio Coll: es «el sagaz y delicado crítico, el escritor elegante y nervioso, uno de los más escogidos temperamentos literarios que sea posible hallar de esta parte del Océano». Obras suyas: *Palabras, El Castillo de Elsinor y Homúnculus*. —(N. del E.)

EL VELO ROJO

HALLÁBAME en el cementerio oriental de Azerum dibujando un precioso sepulcro que tenía aspecto de capilla. El sol de otoño se ocultaba tras los lejanos montes de Lazistan y a los resplandores del crepúsculo, se destacaban sobre el cielo las dentelleadas murallas de la ciudad vecina, la cual trepaba por la vertiente de un monte en cuya cumbre se erguía una fortaleza a modo de celoso guardián.

Los cañones de ésta lanzaban destellos y en su torre más alta flotaban las águilas del estandarte ruso. Las astas de las banderas se perfilaban inmóviles en lontananza y los elegantes minaretos cuyas doradas cúpulas brillaban, parecían otros tantos cirios encendidos ante la faz de Alá. Hileras de negruzcas piedras sepulcrales descendían hasta el valle y detrás de los cementerios, semejantes a una bandada de cisnes, se esparcían por las colinas próximas al campamento ruso

que defendía la entrada del desfiladero de Baiburst. El panorama que se desarrollaba ante mis ojos era espléndido, encantador y así olvidaba mi dibujo, absorto como estaba en su contemplación. Las sombras del crepúsculo lo revestían todo con misteriosos colores y poblaban el espacio de vagos ensueños. La ciudad yacía cual dormido gigante, pero sus arrabales se tornaban bulliciosos a medida que se acercaba la hora de cerrar las puertas de la población y los caminos que a ésta conducían, ocultos por las colinas a cuyos pies serpenteaban se descubrían no más que por las nubes de polvo que flotaban sobre ellos. Los ganados se aprestaban a regresar del campo o a acudir a los abrevaderos y las voces de sus conductores, el ruido de los cencerros, el perezoso mugido de los búfalos y el impaciente relincho de los corceles se confundían en un rumor semejante al que produce el mar batiendo las rocas de la orilla.

A lo lejos hallaba la vida, pero en torno mío reinaba un silencio sepulcral y si el aspecto de la ciudad era lúgubre, aún más lo era el del lugar en que me hallaba. Las innumerables piedras sepulcrales que allí se alzaban parecían otros tantos soldados que

a un inevitable asalto se aprestasen. Cuántas generaciones que habitaron en el recinto de las fuertes murallas que se veían a lo lejos lo habían abandonado a la fuerza para ir a yacer hechas polvo en el sepulcro!

El ruido de los tambores que de un extremo a otro de la ciudad con elegantes redobles se respondían llegó hasta mí después de haber perdido merced a la distancia su dureza y el sonido de las flautas con que terminaban aquéllos parecía ser el de una voz femenina que acompañase al clamor de un guerrero. Los morabitos llamaron a la oración. Los cañonazos del campamento retumbaron en las vecinas montañas despertando en ellas largos ecos. El silencio reinó por doquier. El estandarte que ondeaba en la fortaleza descendió lentamente... el águila plegó sus alas. El sol se puso.

La noche no envolvió de repente los alrededores. Una niebla trasparente como finísima gasa desplegó lentamente sus velos, envolviendo primero las cumbres de los montes y el valle después, hasta que las sombras y los vapores se hicieron más densos y, de pronto, la luna trazó en el cielo su derrotero habitual.

En una de las colinas del cementerio há-

bía yo visto hacía rato a una mujer que estaba de pie junto a un sepulcro. Era alta y un amplio velo rojo la envolvía formando anchos pliegues hasta tocar el suelo. Como escenas de esta índole son comunes y corrientes en tierra musulmana, donde el rezar aisladamente por los muertos constituye sagrado deber de los vivos, no la presté atención.

Más de una vez mis errantes miradas se posaron en la elegante figura de aquella mujer, pero mis pensamientos seguían otro rumbo y al olvidarlo todo, la olvidaba también. Tres horas hacía que me hallaba en el cementerio y cuantas veces la miraba la veía en idéntica postura: parecía una estatua. Esto me sorprendió. Una musulmana a aquella hora, entre infieles y cerca del campamento ruso? Verdad es que las turcas contraían amistad con los rusos mejor que con sus compatriotas y que en la ciudad no temían salir solas, pero de noche y en los arrabales no las había visto jamás. Los irritables celos de sus parientes las aterraban cien veces más que el encuentro con los vencedores y el farol de papel era instrumento indispensable para las que se veían obligadas a salir de noche acompañadas del

marido o de un pariente. La curiosidad me azuzó y me acerqué lentamente a la desconocida.

La colina donde se hallaba pertenecía al cementerio armenio, que se confundía con los demás, pues la muerte convertía a los enemigos en amigos. Me acerqué a la desconocida sin que esta me viese ni notase el ruido de mis pasos. El rojo velo no la ocultaba el rostro. Qué expresivo y qué pálido era éste! Sus entreabiertos labios no murmuraban ya y la mirada de sus negros ojos erraba salvaje por el espacio. Qué pena más profunda estaba impresa en su frente, qué desesperación más altiva revelaban aquellos ojos sin lágrimas, qué de amargas quejas debían ocultarse en aquel pecho agitado por constantes suspiros! Sentimientos hay que jamás se ha atrevido a expresar ningún poeta ni ningún pintor; de estos era el que palpitaba en cada fibra de la hermosa desconocida. Sentí compasión, le hablé: el tono de mi voz atenuó la importunidad de mi pregunta.

—Señora, le dije en tártaro, de seguro está llorando la pérdida de algún pariente.

La turca se estremeció mas no ocultó el rostro según costumbre oriental, sin duda

porque el dolor que la embargaba le hacía olvidar toda otra preocupación. Mi voz pareció despertarla de un profundo sueño. Sus ojos se posaron en mí, mas su respuesta pude percibirla a duras penas.

—Lloro la muerte de un pariente, dijo, como si hablase con el corazón y no con los labios. El lo era todo para mí: padre, hermano, amante, compañero. Como padre me infundió un alma; como pariente me colmó de caricias; como amante me amó apasionadamente y yo lo amé...

Estas palabras me llegaron al corazón. Mi interlocutora apoyó la cabeza en las manos, que estaban contraídas por nervioso temblor.

—Consuélate, hermosa, le repliqué—tu amado está ahora en el paraíso.

El rostro de la joven se puso como el carmín.

—Aún estando en la tierra merecía el amor de las más celestiales huríes; pero conozco su corazón; mis celos serían vanos. Su alma no ha volado al paraíso de Mahoma; ni al de Alá: era cristiano.

—Cristiano! exclamé con asombro. Quién era entonces?

—Y tú, que eres ruso, lo preguntas? Eres

militar y no conociste a tu compañero de armas? eres hombre de corazón noble y no fuistes su amigo? Pobre, pobre! Te compadezco. Cuando vivía lo hubiese dado todo porque me amase a mí sola; ahora que ha muerto quisiera que todos lo amasen como yo. Pero ¿quién va a amarlo con la pasión que yo? Angel era el nombre de su alma; yo lo llamaba alma mía: no creí que tuviese otro nombre y si lo creí no me importó.

Me incliné hacia el sepulcro y ví que realmente ostentaba una cruz toscamente grabada y una inscripción que decía: «Aquí yace convertido en cenizas el teniente Wlad..., muerto a consecuencia de una herida que recibió en la batalla de...» No pude descifrar otra cosa, pues la parte inferior de la lápida estaba destrozada por las balas, como si alguien se hubiese entretenido en disparar al blanco sobre ella. Mi compasión fué mayor al averiguar que la turca había amado a un compatriota y sentí dejarla sola en hora tan propicia a peligrosos encuentros. Recordé que dos días antes había encontrado en el foso del castillo el cadáver de una joven y que la víspera habían sido asesinadas en la calle dos mujeres. Embravecidos por la retirada de los rusos, los celosos ma-

ridos vengaron, quizás, con sus puñales una infidelidad imaginaria. A los ojos de los musulmanes una mirada cariñosa era un crimen. Quise recordarle la hora y dije:

—Hermosa, el sol se ha puesto hace tiempo.

—También se puso el mío y no volverá a salir, replicó con apenado acento la turca; y ni el canto de los gallos, ni el redoble de los tambores, ni siquiera mi voz lo despertarán al rayar el día. El ardor de mis besos no le hará abrir los ojos, ni sus mejillas me sonreirán, ni sus labios pronunciarán felices palabras.

Aquel tierno recuerdo rompió el hielo del pesar y sus lágrimas se desbordaron como torrentes. Observé que también mis mejillas estaban húmedas.

—Hermosa, repuse, aquí no estás segura. Soy honrado, créeme; yo te acompañaré a donde quieras. Iremos a la mezquita de extramuros o a tu casa. De otro modo te expones a que los nuestros te insulten o a que te calumnien los tuyos. Mándame lo que gustes; seré tu defensor.

En su rostro se reveló el disgusto que le producían mis palabras. Levantó la cabeza con orgullo y con gesto altanero me mostró

un puñal que llevaba oculto bajo el brocado del corpiño.

—Ruso, exclamó. Antes tocará mi pecho este filo que la mano de un hombre. Yo sé morir. Yo he muerto ya para las murmuraciones de los vecinos y para la venganza de mis parientes. Qué me importa que lo vean todo y que todo lo sepan? Antes con sangre no me hubieran arrancado el misterio de mis amores; ahora mi felicidad, mi consuelo, mi orgullo consisten en contárselo a todos. De nada pueden privarme; nada tengo que temer. Antes, ni las estrellas de la noche, ni la maldad de los hombres veían mis pasos hacia donde estaba mi amor porque entonces el mañana me inspiraba alegría y temor. Ahora no tengo mañana: aquí no hay más que noche, noche de invierno! exclamó llevándose la mano a la frente y después al corazón. Él se llevó al sepulcro la luz de mis ojos y el calor de mi corazón y sobre su tumba quiero yo morir para que nuestras cenizas se mezclen y con ellas nuestras almas!

Me hizo seña de que me alejase y arrojándose se abismó en la oración. En vano le hablé, en vano traté de aconsejarla. Su oído estaba muy lejos y sus lágrimas bri-

llaban a la luz de la luna. Me alejé unos cuarenta pasos y me decidí a protegerla hasta el amanecer. Un sentimiento irresistible, aún más tierno, quizás, que la compasión, me unía al destino de la turca. Desgraciada, pensé, ¿de qué habrá servido el que un amor orgulloso te eleve sobre el nivel de tus paisanas que no conciben más que el terror del esclavo o el interés despreciable hasta en aquello que denominan cariño, y por encima también de cuantos no conocen más goce que el de los sentidos, ni más preocupación que la de una vanidad pueril, si con este te encuentras en medio de ellas como en un desierto? A qué se habrá descorrido el velo que ocultaba tu razón como no sea para que comprendas mejor el abismo de los pesares? A qué habrá purificado tu ser la llama de una pasión verdadera si así experimentas con mayor violencia el dolor de la separación, de una separación eterna? Qué amiga comprenderá ahora, qué diversión será eficaz a consolarte? Tu amante te arrancó a la vida real como se arranca una flor y te inició en el misterio de una vida intelectual, pero muerto él, no respirarás más la pureza de aquella atmósfera ni te apartarás más de la tierra.

La campana principal de la ciudad dió las once. Alrededor todo reposaba y solo de cuando en cuando la voz de los centinelas y el ladrido de los perros se dejaban oír en la fortaleza y en el campamento. Apoyado en un fragmento de estatua, paseaba yo la vista por el campo envuelto en tinieblas. A mi espalda la ciudad parecía una mancha negra; en la cumbre del monte brillaban de cuando en cuando las bayonetas de los centinelas. La niebla formaba a modo de oleajes sobre las desnudas crestas de las vecinas montañas y unas veces tomaba el aspecto de edificios fantásticos, otras parecía un bosque de plata. No serán semejantes a esa niebla los pensamientos nocturnos que ahogan el corazón de los privados de felicidad en esta tierra, me decía? Entre las montañas había una que no estaba cubierta por la bruma y que, alumbrada por la luz de los relámpagos, se erguía con resplandor salvaje sobre un mar de vapores. Espíritu elevado, ese es tu destino! exclamé; para tí no hay esperanza ni ilusiones, para tí no hay consuelo.

Quién galopa por entre las tumbas haciendo que despidan chispas? Es Osmán. Su caballo corre como el viento y su capa abigarrada revolotea en las sombras como una nube. Involuntariamente me llevé la mano al revólver, pues el odio de los turcos no se revelaba únicamente en asesinatos misteriosos. De pronto detiene su caballo. Sus ojos brillan bajo el turbante con terrible fulgor, la barba negra y enmarañada hace resaltar la palidez del rostro. Busca a alguien; encontró a su víctima. De nuevo da riendas a su cabalgadura y en tres saltos llega a la tumba del ruso sobre la cual reza la hermosa turca. Ví cómo se rebelaba el corsel contra la presión de la serreta, ví el relampagueo de un sable, oí una maldición y luego un grito corto pero penetrante e indescriptible. Todo esto se verificó en un instante y cuando me abalancé hacia el sepulcro, el velo rojo yacía en tierra. El malvado al verme dirigió hacia mí el caballo y lanzando el grito de perro cristiano, levantó el sable. De seguro me hubiera dado muerte si una bala no le hubiese alcanzado a mitad del camino. El sable cayó a tierra partiéndose y el asustado caballo dió un bote, pero el jinete no perdió los es-

tribos: había caído sobre el cuello del bruto y cuando éste se alejó al galope lo perdí de vista.

Me apresuré a llegar al sitio donde yacía la turca; no la hallé con vida. El sablazo le había destrozado un hombro y llegado hasta el corazón. Su rostro, sin embargo, no estaba manchado de sangre. Sus negros cabellos estaban esparcidos sobre la lápida que con ambas manos abrazaba. Caí de rodillas y contemplé largo rato aquel rostro que iba palideciendo lentamente; el terror no hacía que perdiese su expresión de dolor y los labios parecían haber sido entreabiertos no por un grito, sino por un suspiro de amor.

Quise engañarme, convencerme de que el sonrosado de la sangre se aparecería a través de la nieve de sus mejillas, que la respiración agitaría su pecho—no, todo había terminado. Su alma había descifrado ya el gran misterio que con tanta pasión y tan en vano quería yo adivinar.

—Qué debo hacer? Tenerte lástima o felicitarte, exclamé. Sea lo que quiera, encuentres o no a tu amante más allá de la muerte tus sufrimientos terrestres han terminado al menos. Descansa en paz!

La besé en la frente, fría como el hielo y la envolví en el velo rojo.

A la mañana siguiente regresamos a Rusia. Pude averiguar quién había sido el amante de la desgraciada turca, pero quién era ella, y si el asesino fue su padre, su hermano o su marido, no pude saberlo. Mis indagaciones no dieron resultado. El y ella desaparecieron, pero el recuerdo de aquel trágico suceso lo tengo muy presente y cada vez que tropiezo con un velo rojo, tiemblo.

MARLINSKY¹

¹ Autor ruso. El cuento suyo que hoy reproducimos está en el volumen PÁGINAS ESLAVAS: *Cuentos y Narraciones*, traducidos directamente del ruso por Julián Juderías.—Madrid, 1912.

MANO INFANTIL

Mano infantil que estás entre las mías
como un canario, tibia y diminuta;
mano carnosa, suavcita como
el fino terciopelo de las malvas;
mano infantil; mano de vida en flor,
torpe instrumento inútil que no has hecho
nada, tres veces nada, todavía,
mano infantil: qué harás en este mundo?
Trabajarás, acaso, la madera...
Mano de carpintero! Amo esa mano
que trasforma los árboles, ¡los árboles
musicales, serenos y piadosos!
en cosas bellas, útiles y varias:
la mesa familiar, la silla, el mueble,
¡la cama! nido, cofre y ataúd—
nido donde venimos a la vida,
cofre del cuerpo en la hora del reposo
y primer ataúd de los que parten...
O quién sabe, serás mano de artífice,
ágil, serena, minuciosa y leve,
y tallarás el oloroso sándalo
del relicario amado de una novia,
y esculpirás un friso microscópico
en el marfil exiguo de un dedal...
Tal vez, segura y fuerte, acuchillada
por las silbantes hoces de los vientos,

gués la nave en noche tempestuosa
rumbo a las costas de un país de ensueño,
violando el seno elástico y magnífico
del mar bravío y los pezones grávidos
de las olas que escupen a los cielos
bajo la indiferencia de los astros...
Y tal vez rompas la fecunda entraña
de lo más hondo de la tierra ¡oh, mano!
en largas horas de doliente lucha,
y reaparezcas a la luz más tarde,
portadora triunfal de aquella lágrima
de sangre y de sudor que el lapidario
trasformará en halago de doncellas,
rayo de sol en arco de sortija...
Y acaso seas mano delicada
de abad, mitad poeta, mitad músico,
sentimental y místico, y alternes
entre la bendición de tu rebaño
y el paternal cuidado de tus flores
y la alígera pluma creadora
y el sollozo autumnal del violoncello...
para cerrar después, piadosamente,
pensando en Dios, los ojos de los muertos,
y sostener más tarde el crucifijo,
cuando en los labios trémulos ambule
la golondrina azul de la plegaria...
O te alzarás, tal vez, como una antorcha,
tremolarás como bandera al viento
en el amplio recinto de las plazas,
bajo la aureola colosal del sol,
sobre la multitud de la metrópoli,—
acompañando al bello gesto elástico,
poniendo alas a la voz aguda

y siendo como riel de las palabras
aprendidas en el antifonario
de los rebeldes credos populares...
Y acaso ¡no lo quiera nunca el cielo!
esgrimas el puñal de la traición,
y tinta en sangre fraternal salpiques
tu rededor, tiñéndolo de afrenta,
y buscando en el agua de los ríos
tu impunidad, la tiñas de venganza,
y sobre el pecho, como enorme mole,
tratando de acallar a la conciencia,
hundas el pecho y caigas como lápida
definitiva, eterna, ilevante,
sobre el atormentado corazón...
Mano infantil que estás entre las mías
como un canario, tibia y diminuta,
mano infantil ¿qué harás en esta vida?

EL ESPEJO

Pupila indiferente, incorruptible
serenidad, ¡oh, fría
superficie encantada! Das lecciones
de belleza y nos hablas,
como las cosas,
con elocuencia muda.

Silencioso, impecable consejero,
tú nos enseñas
la gracia de la línea, el armonioso
ritmo del movimiento, el gesto plástico,

la manera estatuaria,
la espiritualidad de la actitud
y el secreto intrigante
y semidescubierto
de la sonrisa, ¡oh, maestro! Yo te admiro.

Eres mi amigo porque no me engañas,
y mi juez inflexible, pues me juzgas
con la imparcialidad de mis pupilas.
Nunca me niegas tu opinión y nunca
buscó mi cuerpo en tu cristal preclaro
su imagen fiel, sin encontrarla...

Amigo

de la verdad, amas la luz: el rayo
de sol que en tus biseles
quiebra su cofre
revelando el secreto de su prisma,
y el rayo de la luna, melancólica
caricia de marfil que hace de plata,
como al del lago, tu cristal. La sombra
besa también tu superficie, pero,
como una sensitiva, te repliegas,
y la duplicidad de la figura
muere en tu doble noche:
no se copia la estrella en la fontana
cuando una nube oscura se interpone...

Amas la luz; no mientes, ¡invariable
lealtad para todos!
Y eres feliz, y tanto! Nadie deja
huella de sus imágenes en tí.

La sonrisa del niño, el estudiado
gesto, la desnudez de la doncella,
la repugnancia y el horror desfilan
por tu serena y fría mansedumbre
sin dejar rastro... Eres feliz. Te envidio.

Porque haces doble mi figura y dobles
mi risa y mi actitud, yo te amo, espejo.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA¹

(De *El Espejo de la Fuente*).

¹ Es uno de los poetas nuevos de la Argentina. Ha publicado ya dos libros de poesía: *Alma y momento* (1910) y *El espejo de la fuente* (1912).

EL REVÉS DE LA CHAPONA

París, mayo de 1912.

HAN despegándose con las lluvias primaverales los prospectos de los candidatos a las pasadas elecciones municipales de Francia, y con ellos la no menos adventicia floración de los agradecimientos a los electores, formulados también en vistosos, aunque más reducidos carteles. El viento sacude con los retazos, palabras gordas: falsario, difamador, traidor, reaccionario, demagogo, protector de bribones...

Son los epítetos con que los rivales empéñanse en demostrar al elector sus respectivas miserias; y como en ello ha de haber ~~no escasa parte de verdad~~, se ha ~~convenido~~ tácitamente en no darle importancia, eliminando así los desafíos y los procesos que parecerían su consecuencia natural. Ello forma parte de la educación política, sin perjuicio de que los mismos políticos se indignen cuando algún cochero irritado los emplea quizá con mayor razón. Otras palabras flotan mezcladas al torpe repertorio:

queridos conciudadanos, pueblo consciente, bien público, libertad, honorabilidad, justicia. Pero la misma magnitud de unos y otros carteles demuestra su respectiva importancia. Los primeros son mucho más grandes, y por lo tanto, costosos. Es la eterna diferencia entre el pedido y la gratitud, entre el egoísmo sobresaltado y el egoísmo satisfecho. Si los electores fueran un poco más filósofos, sacarían de todos los candidatos una opinión negativa; pues lo único que demuestra ese debate de carteles es la común bribonería de los aspirantes a la representación popular. Desde los tiempos de Aristófanes, maestro en el género, la política tiene larga la lengua y crudo el hígado. Pero los electores no son filósofos. Su ilusión de elegir amos, que por ahí se va con la realidad de heredarlos, es pertinaz. Ser soberano de un día, como el dormido despierto de las *Mil y una noches* proporciona un consuelo suficiente para la mayoría; pues estamos, no se olvide esta circunstancia, en uno de los países donde el pueblo elige con libertad. Donde ocurre lo contrario, los políticos llevan la chapona al derecho y no necesitan mostrar la entraña de sus propósitos. El sufragio tórualos

más francos, y con ello gana la filosofía, que es, en la mayoría de los casos, la ciencia del desengaño; pero, repito, los pueblos no son filósofos, o por lo menos lo aprenden muy lentamente, aunque les resulte de gran provecho; pues la filosofía es el camino de la libertad, que no necesita votos ni manifestaciones colectivas, siendo un bien privado e interno. San Martín ha sido el más grande y el más útil de los argentinos, y jamás hizo política, siendo la abstención sistemática en él. En cambio, leía Epicuro; y en las máximas de la filosofía estoica, aprendió como sabemos la lección de la libertad.

Al mismo tiempo que en Francia el viento y la lluvia agotan la nueva edición de esas biografías de políticos, en los Estados Unidos, nuestro modelo, otros dos candidatos, y de los más eminentes, se encargan de repetir la inútil lección. Ya no se trata de aspirantes oscuros, sino de dos presidentes que así entienden conquistar los sufragios de su pueblo para la reelección. ▀

Las cosas que Mr. Roosevelt y Taft se dicen con este motivo, son, por cierto, de una áspera elocuencia.

El primero no cesa de arrepentirse de

haber tenido como candidato al segundo, pues en aquel país los presidentes tienen candidatos, lo que no es malo a mi entender, y los imponen con todo el peso de la máquina oficial, lo que no es, quizá, peor. Pero no se crea que lo lamenta por la maldad o la ineptitud de su actual antagonista. Perfectamente le conocía todas las flaquezas, puesto que eran íntimos amigos. El caso es que Mr. Taft, como en todas partes ocurre, lo desdeñó en cuanto tuvo la sartén por el mango, pues el egoísmo feroz es ley en política; y ahora, en vez de devolverle el servicio, quiere para él una vez más la codiciada poltrona de la cual entiende no ser un mero depositario.

Con este motivo, uno y otro sácense los cueros al sol, sin excluir la correspondencia privada ni los secretos diplomáticos que el pueblo soberano debe ignorar, excepto cuando su divulgación aprovecha a los amos. Los dos se imputan acciones y móviles que, de ser ciertos, imposibilitarían sus candidaturas; pues se trata de infidencias, pasiones y faltas de una positiva gravedad. No vacilan ni ante el ridículo personal que saca a luz los defectos privados de la vanidad o de la gula, para herir más

hondo. Uno resulta ser el demagogo que adula al populacho; el otro, un servil elemento de los «trusts» omnipotentes. Ambos a dos se imputan la más baja ambición de poder, el deseo egoísta de gobernar, en lo que, sin duda, no son injustos.

Supongamos lo mejor, es decir, que eso sea falso. Entonces, trátase de dos calumniadores, lo que por cierto es un curioso modo de exhibir méritos para la presidencia de la república.

Las promesas de buena política, los principios, el sacrificio consabido en bien del pueblo, quedan relegados al último término. La lucha los ha obligado a desnudarse ante la platea electoral; y así desnudos, podemos ver sin engaño cuál es el verdadero deseo que los anima. Poco decoroso ha de ser, cuando de tal manera los exhibe. La altura del móvil, excluye ciertos recursos, es de suyo contraria a esas deplorables violencias. La integridad de los principios, es una razón de lealtad, de reserva caballeresca. El acceso de la cumbre, parece suponer la altura específica del vuelo. Cualquiera de esos dos señores observaría otra conducta en la vida privada. Apenas quieren ser presidentes, olvidan toda compostura, aun-

que la aspiración a tan insigne honor parezca deber imponerles lo contrario.

Es que nada hay tan corruptor como la política, ni tan bajamente egoísta como el deseo del poder. Los casos contrarios a esta regla, son muy honrosos, sin duda; pero nada significan, porque son personales. El depósito del gobierno en manos de una persona desinteresada y noble, es posible, pero es casual. Estas personas no van generalmente al gobierno, ni es posible que vayan, sino por algún medio anormal, pues la política, según nos lo revelan sus mismos profesionales, exige medios repugnantes a la nobleza de alma y a la honradez. Procurar mejorarla, es como proponerse perfeccionar un cáncer, cuando la medicina sensata exige que se busque simplemente su extirpación. De aquí que lo útil en la materia, consista en desengañar al pueblo, haciéndole ver que ella nada remedia, y que el progreso estriba en volverla progresivamente innecesaria por medio de la perfección individual. Así se forma la opinión, el ambiente donde no pueden prosperar las plantas dañinas, pues ya es mucho alcanzar un estado en que el gobierno no haga daño. El bien se lo hace cada uno, no el gobier-

no, porque éste es para los políticos una profesión en la cual sólo procuraran su propio beneficio.

Todo esto quiere decir que el pueblo debe siempre desconfiar de sus políticos. Sólo así los controlará con eficacia, ya que por el momento no puede suprimirlos. Debe educarse para educar al gobierno, pues este es el camino recto. Alemania tiene un gobierno autocrático; pero como su pueblo es más civilizado que el nuestro, tiene también mejor justicia y mejor administración. Los Estados Unidos, según acabamos de verlo, tienen políticos detestables; pero como su pueblo es educado, sabe incapacitarlos para el mal.

Ahora bien, esta educación consiste en que cada uno adquiera la libertad, no de votar, que esto es un detalle sin mayor importancia, sino de proceder en la vida guiado por una sana razón. Sólo porque la mayoría de los hombres no lo sabe, es necesario el gobierno; y de aquí que la educación de la libertad no consista en perfeccionar esta institución de mera suplencia, sino el bien permanente de la razón que la vuelve innecesaria.

LEOPOLDO LUGONES

(De *La Nación* de Buenos Aires).

PARÁBOLAS

DONDE COMIENZA Á FLORECER LA ROSA

EL viejo jardinero poseía una infinita variedad de rosas. Haciendo el papel de los abejorros, llevaba el pólen de una flor a otra, efectuando el cruzamiento entre los ejemplares más diversos. De esta manera, obtenía nuevas y nuevas variedades que amaba con verdadera pasión, y que despertaban la envidia de los que no sabían imitar a los abejorros.

Como nunca regalaba una flor, adquirió fama de hombre egoísta y malo. Una hermosa señora que fué a visitarlo, volvió asimismo con las manos vacías, repitiendo las palabras que le dijera el jardinero. Desde entonces, además de egoísta y malo, le tuvieron por loco y nadie volvió a ocuparse de él.

«Es usted tan bella, señora—le había dicho el jardinero—que le regalaría gustoso todas las rosas de mi jardín; pero, a pesar

de mis años, aun no sé dónde comienza una rosa a ser rosa, para cortar justamente allí y separar una flor entera y viva. Se ríe usted de mí; oh! no se ría, yo se lo ruego.

«Y el viejo jardinero llevó a la bella señora ante el rosal que florecía la variedad más extraña: un capullo encarnado, como un corazón abandonado, entre las espigas.

«Vea usted, señora,—decía el jardinero y sus dedos viejos y sabios acariciaban la flor—yo he seguido el curso del florecimiento de la rosa. Estos pétalos rojos salen del cáliz como las llamas de una hoguera pequeña. Y es posible separar una llama y conservarlas ardiendo? El cáliz se adelgaza y se funde insensiblemente en el largo pedúnculo, y éste, a su vez, penetra en la rama, sin que nadie pueda precisar cuando termina el uno y comienza la otra. He visto que el tronco empalidece poco a poco al internarse en el suelo, y que las raíces están unidas a la tierra por el agua que sube.

«Cómo separar una rosa y regalarla si no sé donde ella comienza? Regalaría una corola desprendida violentamente y usted sabe, señora, cuán poco viven las cosas mutiladas.

«Cuando llega Octubre y observo que los

capullos hinchados se abren, yo, que he tratado de saber dónde comienza a florecer la rosa, nunca me atrevo a decir: mis rosales florecen; siempre exclamo: la tierra está florida ¡bendita sea!

«Cuando joven, yo era rico, fuerte, hermoso y bueno. Cuatro mujeres me amaron en aquella época.

«La primera amaba mi riqueza. En manos de aquella mujer desenfrenada, se desvaneció rápidamente mi fortuna.

«La segunda amaba mi fuerza. Me hizo luchar y vencer a mis rivales, y en seguida agotó mis energías con sus caricias.

«La tercera amaba mi belleza. No cesaba de besarme, prodigándome los dictados más lisonjeros. Terminó mi belleza con la juventud e igualmente el amor de esa mujer.

«La cuarta amaba mi bondad y se valió de ella en su propio beneficio. Conocí, por fin, su hipocresía y la abandoné.

«En aquella época, señora, era yo un rosal que tenía cuatro rosas. Cuatro mujeres cortaron cada cual la suya. Pero si el rosal alcanza cien primaveras, la rosa alcanza una tan sólo. Fué así como aquellas pobres flores, al deshojarse, se deshojaron para siempre.

«Desde entonces no sale una flor de mi jardín. Y a todo el que me visita le digo: Cuándo dejarás de entusiasmartte con los hechos aislados? Si eres capaz de limitar alguno, anda y corta allí donde comienza a florecer la rosa».

LOS CAMINOS

TENEIS una manera de apreciar las vidas ajenas...

Os voy a referir una parábola:

«El nuevo propietario de una viña, quejoso del terreno que tenía que malgastar en caminos y senderos interiores, resolvió plantar toda la tierra que le pertenecía.

«Cultivó el suelo con tenacidad; en Agosto podó las parras; y en Noviembre, con grandes fogatas de sarmientos y paja húmeda, contuvo el rigor de la helada de Todos los Santos.

«Cada semana regaba los surcos y al caer la noche el agua desbordada formaba largas franjas luminosas.

«En Enero, las flores de las parras dieron un olor suave y el aire se vió cruzado por las abejas. Complacido de su actividad aguardó sin sobresaltos la cosecha.

«Los sarmientos comenzaban a curvarse con el peso de los racimos. Sólo las plantas nuevas de los caminos no tenían fruto, porque la vid demora tres años en darlo.

«Llegados los vendimiadores, principiaron por recoger la uva cercana a la bodega y fueron avanzando poco a poco. Cuando el lagar les quedó lejos, pidieron que se les proporcionara una carreta; pero el dueño se negó a ello.

«—No hay caminos—dijo.—Por dónde pasaría una carreta?

«La vendimia se hizo cada vez más lenta, porque la uva la traían de un punto cada vez más lejano.

«Entretanto los ladrones, penetraban en las noches, despojando a las mejores parras, y las primeras lluvias cayeron sobre la comarca, pudriéndose los racimos.

«Un vecino, que había aconsejado inútilmente al viñatero novicio, vino a verlo.

«Recorriendo juntos la viña, roja por el otoño, con sus racimos blanduchos sobre la tierra que absorbía la pulpa hecha miel, el vecino dijo:

«Es preciso que haya una cinta de tierra que no produzca flores ni frutos para aprovechar, con facilidad, los de la tierra res-

tante. Es necesario que exista un suelo que se resigne a ser hollado y polvoriento, para poner en contacto a las comarcas distantes.

«Qué sería de un país que no tuviera caminos, porque sus habitantes hubiesen decidido sembrar toda la tierra?»

Esta es la parábola que os ofrezco.

Pensad, ahora, en los ríos que son los caminos de las aguas. Ellos, los que harán reverdecer a los campos, no tienen en su fondo una brizna de yerba!

Caminos son algunos hombres que vosotros, labradores, creéis inútiles. Cuando obráis conforme a tal o cual idea que, acaso sin saberlo, aprendierais de ellos, recorréis la senda que dejó trazada uno u otro de esos seres, que no produjeron frutos y que, sin embargo, son los caminos por donde transitan todos los frutos de la tierra.

PEDRO PRADO¹

¹ Es uno de los escritores nuevos de Chile. Acaba de publicar *La casa abandonada*, un volumen de parábolas y pequeños ensayos de cuyo mérito son un testimonio los dos que hoy reproducimos.—(N. del E.)